



INDALECIO PRIETO Y EL SOCIALISMO ESPAÑOL

José Carlos GIBAJA VELAZQUEZ

A medida que vamos aproximándonos al final del siglo XX resulta casi obligado realizar el inventario de lo sucedido a lo largo del mismo. Para el caso español, y por lo que al capítulo de personajes y protagonistas políticos se refiere, la amplia nómina que nos sería posible confeccionar no aporta muchos nombres que podamos considerar como auténticos hombres de Estado. En este reducido grupo, sin embargo, surgen pocas dudas a la hora de incluir al socialista Indalecio Prieto. Seguidamente trataremos de justificar esta afirmación.

Un rápido repaso por la trayectoria pública de Indalecio Prieto nos ofrece el siguiente panorama.

Aunque ejerció como diputado a lo largo de varias legislaturas — tanto durante la Restauración como en la II República— y ocupó varias carteras ministeriales —entre 1931-33 y en 1936-38—, este curriculum es ampliamente superado por numerosos políticos de su tiempo, que ejercieron la Presidencia del Gobierno, de las Cortes o de la pro-

pia República. Durante el liderazgo de Pablo Iglesias, Prieto ya era una figura respetada dentro del PSOE. Diputado en sucesivas legislaturas gracias al control sobre su feudo electoral bilbaíno, Prieto, sin embargo, nunca se constituyó en una alternativa al liderazgo de Pablo Iglesias, primero, o de Julián Besteiro, más tarde. Habría que esperar a la desaparición de Iglesias, y al oscurecimiento de Besteiro, para que, en momentos de fuerte polarización interna, Prieto se convirtiera en alternativa para dirigir el socialismo español. No obstante, Prieto siempre gustó de permanecer en la sombra, en segundo plano, moviendo los hilos de la trama a través de personas interpuestas —en cuya elección no siempre acertó—. Esta resistencia a adquirir el protagonismo y la responsabilidad directa de lo que ocurría, provocó en varias ocasiones retrasos y pérdidas de tiempo que hicieron fracasar sus iniciativas.

Por otro lado, y a pesar de la imperiosa necesidad de alcanzar alianzas con otras fuerzas sociales y políticas para poner en práctica su proyecto político, Prieto demostró un escaso tacto para atraerse a los demás sectores de su propio partido. La tendencia, apuntada por H. Heine, «a alargar inútilmente la lista de sus enemigos y su incapacidad para olvidar, cuando así lo exigía el bien común, los agravios» (1), acabaría por convertirse en uno de los principales obstáculos para el logro de sus objetivos.

Tras la guerra civil, Prieto acaba por convertirse en el catalizador de un amplio sector de las fuerzas políticas españolas ... en el exilio. Cuando alcanza la presidencia del Partido Socialista Obrero Español es cuando éste se encuentra perseguido en España y reducido a algunos millares de militantes en el exilio. Finalmente, cuando en 1948 logra firmar un acuerdo con los monárquicos para intentar poner fin a la dictadura del general Franco y asegurar la futura gobernabilidad de España, éste queda convertido en papel mojado aquel mismo día debido al doble juego llevado a cabo por los monárquicos.

Diabético y con una clara tendencia a la obesidad, Prieto disfrutaba de una «mala salud de hierro» que, ya en el exilio, no le convertía en la mejor garantía sobre la que apoyar una alternativa a la dictadura franquista.

Trazado este panorama, pleno de luces y sombras, ¿qué es entonces lo que justifica nuestro interés por el análisis de Prieto?

1. A pesar del interés general por el estudio de las organizaciones políticas de la época, y del socialismo español en particular, se carecía de estudios satisfactorios sobre la figura de Prieto.

(1) Recogido por S. Julia: «La vigencia de Prieto», *Leviatán*, número 15, II Epoca, Madrid, 1984.

2. Por encima de sus posiciones políticas coyunturales, y al margen de su balance de aciertos y errores, la actividad política de Prieto presenta rasgos de valor permanente, entre los que hay que destacar la importancia que concede al proceso de modernización de España.

3. En una época, la primera mitad del siglo XX, marcada por la tendencia a dirimir los conflictos por la vía violenta, Prieto pretende superar dichas diferencias por la vía del diálogo y de la construcción de puentes que permitan un marco de convivencia estable en el que poder acometer el proceso de modernización antes citado.

El desarrollo de estas ideas nos obliga a referirnos, en primer lugar, a su apasionada y apasionante personalidad. Sobreponiéndose a una infancia difícil y a un porvenir incierto, Prieto se construyó una buena posición económica que le permitió dedicarse a su principal pasión: la política. Prieto era, ante todo, un «animal político» volcado en cuerpo y alma hacia la actividad pública. Capaz de suscitar odios feroces o adhesiones inquebrantables, pero jamás indiferencia, Prieto camina por las décadas centrales de nuestro siglo dejando su impronta sobre la vida política española.

No vaciló en defender, aun en solitario y contra corriente, la posición política que consideraba más acertada y que, salvo breves momentos de duda, mantuvo inalterable a lo largo de toda su vida: el intento por llevar a cabo un proceso de modernización de España dentro de un marco político que garantizase el libre ejercicio de las libertades públicas. Como afirma Santos Juliá:

«Prieto tuvo desde muy pronto, una política específica que defendió, con sólo la excepción de la primera mitad de 1934, a lo largo de toda su vida activa: (...) reformismo político, democrático y liberal para la aplicación de las energías disponibles a la mejora de las condiciones materiales de la existencia obrera y campesina» (2).

En este intento, y por vocación personal, Prieto entabló relación con un amplísimo abanico de personas, que abarcaban la práctica totalidad del espectro político. Esta actitud, que contrasta con la vocación obrerista de muchos otros dirigentes socialistas, se convertiría, al mismo tiempo, en fuente de alegrías y sinsabores para Prieto. Aunque militó durante más de seis décadas en un único partido, el PSOE, mu-

(2) Julia, S.: «La vigencia de Prieto», *Leviatán*, 15, II Epoca, 1984.

«En el fondo es un regeneracionista, que busca la ayuda republicana para llevar a cabo las obras necesarias que permitieran transformar el campo por medio de regadíos y las ciudades para una mayor actividad industrial (...). El sueño en voz alta que Prieto recitó de palabra, y por escrito, consistía en una España regada en la que los productos del campo llegaran, por medio de una buena red de comunicaciones, a unas ciudades libres e industriales».

chos correligionarios suyos le acusaron de no haber sido jamás socialista. Hombre de partido, a pesar de todo, ello no le impidió tender continuamente su mano a otras fuerzas políticas en el intento de alcanzar alianzas duraderas con otros sectores sociales.

Por la época en que comenzábamos nuestro acercamiento al tema, hace una década, el panorama de los estudios realizados al respecto era muy desigual. El socialismo español había sido objeto preferente de atención en lo que respecta a su trayectoria anterior a la guerra civil, pero se adolecía de estudios de conjunto y de trabajos relativos a periodos posteriores.

Entre los aspectos mejor estudiados cabía destacar el análisis de sus orígenes y trayectoria previa, las aproximaciones a algunas de sus figuras más relevantes —por ejemplo los trabajos de Emilio Lamo de Espinosa sobre Julián Besteiro o de Virgilio Zapatero sobre Fernando de los Ríos—, o los numerosos acercamientos a la radicalización de la izquierda socialista tras 1933 —estudios de Marta Bizcarrondo, Andrés de Blas, Manuel Contreras y Santos Juliá, entre otros—. Sin embargo, el panorama era bien diferente en relación con la guerra civil o la época franquista.

Así pues, mientras que el análisis de besteiristas y caballeristas —dos de las tendencias en que tradicionalmente se ha venido clasificando al socialismo español durante la II República— era bastante satisfactorio para el periodo anterior a la guerra civil, no podía decirse lo mismo del centrismo, la tercera corriente vertebrada en torno a Prieto. Tan sólo algún intento semifallido de aproximación, como los trabajos de Andrés Saiz Valdivieso, *Indalecio Prieto. Crónica de un corazón*, o de J. M. Huerta Paredes, *Indalecio Prieto. Estudio psicosocial del liderazgo*. En otro orden de cosas, podemos citar el análisis de Edward Malefakis sobre los *Discursos Fundamentales* de Prieto, la breve, pero clarificadora, semblanza realizada por Juan Pablo Fusi como colaboración en *Indalecio Prieto. Ministro de Obras Públicas*, algunos artículos de Santos Juliá o las recopilaciones de las intervenciones parlamentarias de Prieto. Todos ellos surgían como solitarios islotes.

Para el mismo Prieto, y por lo que hace referencia al periodo de la Guerra Civil y el exilio, tan sólo se podía contar con sus escritos, publicados por él o recopilados tras su muerte: *Convulsiones de España*, *Palabras al viento*, *Trayectoria de una actitud*, *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*, etcétera. Todo ello dejaba un amplio margen a la realización de estudios e investigaciones que vinieran a paliar en parte estas carencias.

Desde entonces el panorama se ha modificado de forma significativa. A lo largo de los últimos años han visto la luz varias obras que

analizan la trayectoria del socialismo español, de forma parcial o en su conjunto, durante la guerra civil y el exilio. Entre estas obras, de interés muy diferente, hay que destacar los trabajos de Santos Juliá, bien dentro de los *Anales del socialismo*, resultado último de las Jornadas organizadas por la Fundación Pablo Iglesias en 1985 y 1986, bien dentro de su contribución a la *Historia del socialismo español*. También es preciso citar los trabajos de los hermanos Carlos y José Martínez Cobo, especialmente los diversos volúmenes de la serie *Intrahistoria del PSOE* (3). Finalmente, es preciso mencionar la aparición de una buena obra de conjunto, *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, debida al británico Richard Gillespie (4), una excelente monografía sobre el periodo de la Guerra Civil debida a Helen Graham, *Socialism and war. The Spanish Socialist Party in power and crisis, 1936-1939*, y un trabajo de Abdón Mateos, *El PSOE contra Franco (1953-1974). Continuidad y renovación en el socialismo español* que constituye la más reciente aportación al tema.

En relación con el propio Prieto, y al margen de las reediciones de algunas de sus obras, hay que recoger la publicación de un pintoresco volumen debido a R. de la Cierva, *La conversión de Indalecio Prieto*.

La situación de partida, es decir, la ausencia de monografías aceptables sobre el tema en cuestión, obligó a realizar un paciente rastreo de posibles fuentes. Esta labor permitió poner de manifiesto la existencia de problemas de todo tipo. El primero de ellos fue la imposibilidad de acceder a los fondos de dos archivos importantes: el de Rodolfo Llopis y el del propio Indalecio Prieto. Afortunadamente, los dirigentes socialistas mostraron siempre una notable afición a los usos y formas burocráticos. Esto hizo posible la existencia de varias copias de la mayor parte de los documentos y correspondencia cruzada entre los principales protagonistas del periodo. Ello permite disponer de varias fuentes alternativas y accesibles a la hora de consultar dicha documentación. Así, la Fundación Pablo Iglesias o el Archivo Histórico Nacional —a partir del Archivo Luis Araquistain— disponen de abundantes fondos que permiten la consulta y el análisis de dicha documentación.

Otra dificultad importante fue la fragmentación y dispersión de las fuentes a consultar. La guerra civil y el exilio provocaron la diáspora de numerosos protagonistas del periodo y, con ellos, de buena parte de su documentación política. Afortunadamente la Fundación Pablo Iglesias viene desarrollando desde hace hace dos décadas una importante labor de localización y adquisición de fondos documentales, he-

(3) Volúmenes I, II y IV: *La Primera Renovación, ¿República?, ¿Monarquía?*, Volumen III: *La travesía del desierto*, Editorial Pablo Iglesias, 1995 y *La Segunda Renovación*, Barcelona, Plaza y Janés, 1990-93.

(4) La versión original inglesa llevaba un título muy significativo: *The Spanish Socialist Party. A history of factionalism*, Oxford University Press, 1988.

merográficos y bibliográficos, que han ayudado a realizar esta investigación.

Estos fondos, algunos de ellos aún sin catalogar, presentan lagunas significativas en lo que hace referencia al periodo de la Guerra Civil y a otros momentos. Ello hizo necesario consultar otros archivos y centros de documentación en busca de información complementaria. Estos centros, Archivo Histórico Nacional —tanto en Madrid como en Salamanca—, Hemerotecas —Nacional y Municipal de Madrid—, Biblioteca Nacional, etcétera, han permitido cubrir en parte estas lagunas.

A partir de ahí, el análisis de la trayectoria política de Indalecio Prieto presenta tres grandes etapas, que se corresponden con otros tantos momentos de la trayectoria de la sociedad española de la primera mitad del siglo XX. Estos grandes apartados describen, en primer lugar, las primeras décadas de la trayectoria vital de Indalecio Prieto, las grandes líneas que caracterizan el pensamiento que se ha dado en denominar prietismo. Esta etapa se prolonga hasta la II República.

La segunda etapa, marcada por el inicio de la guerra civil, gira en torno a la lucha por el control del socialismo español. La pugna, ya iniciada durante la fase anterior, presenta dos momentos bien diferenciados: el enfrentamiento entre prietistas y caballeristas, saldado en 1937 con la victoria de los primeros, y, posteriormente, la lucha, que se prolongará hasta mediados de los años cuarenta, entre prietistas y negrinistas. Este largo periodo, durante el que los socialistas quedan frecuentemente a merced de factores externos, deja paso a la tercera, y última, etapa considerada.

El último periodo, que abarca desde la segunda mitad de la década de los cuarenta hasta el final de la trayectoria política de Prieto, recorre el proceso de reconstrucción interna del socialismo español y supone la recuperación del viejo proyecto de Prieto: el intento por alcanzar un consenso con otras fuerzas políticas que permitiera una convivencia pacífica que hiciera posible la transformación del país. Hay, sin embargo, diferencias significativas con respecto al proyecto original. En primer lugar, la existencia de una dictadura en España que impide el libre ejercicio de las libertades y ha condenado a la oposición a la cárcel o al exilio. En segundo lugar cambian los interlocutores. Si durante los años treinta el mensaje prietista se dirige, esencialmente, hacia los republicanos de izquierda, en esta ocasión serán los monárquicos el objeto principal de su atención. Los republicanos, mientras tanto, se encastillarán en su reivindicación del régimen proclamado el 14 de abril de 1931.

El balance final, marcado por el reconocimiento de su fracaso por el propio Prieto, no debe hacernos olvidar el verdadero significado de su

proyecto. En momentos de radicalización, cuando el caso español participa de las mismas características que la situación en el resto de Europa, el intento de Prieto por sentar las bases de una convivencia estable constituye una excepción a tener en cuenta.

En cualquier caso, el fracaso final se vió marcado por la influencia de tres tipos de factores bien definidos: los errores y limitaciones personales del propio Prieto, la división interna y las características organizativas del socialismo español y, finalmente, la desfavorable evolución de la situación internacional a lo largo de todo el periodo estudiado.

Prieto —comenzamos con ello el repaso de sus limitaciones personales—, acostumbraba a provocar reacciones intensas entre quienes le rodeaban. Esta fuerte personalidad, imprescindible para aspirar a convertirse en líder político, necesitaba, sin embargo, de otro complemento: la necesaria templanza para saber olvidar pequeños agravios en beneficio de metas más altas. Prieto, sin embargo, demostró poseer esta cualidad en muy contadas ocasiones. Así, Prieto fue incapaz, en mayo de 1936, de intentar un mínimo acercamiento personal a Largo Caballero que, tal vez, le hubiera permitido acceder a la Presidencia del Gobierno en aquel momento clave. Dejando a un lado la indudable responsabilidad de Largo Caballero en lo ocurrido entonces, es evidente que el tantas veces mencionado pragmatismo de Prieto brilló por su ausencia. Un año más tarde, apoyando la ofensiva del partido comunista contra el Gobierno Largo Caballero, Prieto encontró la ocasión para tomarse una cumplida revancha sobre su rival.

Esta incapacidad para perdonar los agravios aparece también a la hora de analizar sus relaciones con Negrín a partir de 1938. La salida de Prieto del Gobierno Negrín parecía ser la única solución para salvar la situación creada por el desánimo del propio Prieto: conservar la imprescindible ayuda rusa y enderezar la situación militar. Sin embargo, desde entonces, Prieto espera su oportunidad. Esta se presentó durante el verano de 1939. Entonces, Prieto acabó por destruir los restos de la influencia que Negrín conservaba entre los grupos republicanos y retornó al primer plano de la actividad política. Desde ese momento, todos los intentos de Negrín por superar las mutuas diferencias cayeron en el vacío. Tan sólo tras la muerte de su antiguo colaborador Prieto reconoció la intransigencia mostrada hacia Negrín desde 1939.

En esta misma línea, Prieto también dosificó con cuentagotas el tacto y la diplomacia necesarios para aplacar los ánimos encendidos. Sus contadas intervenciones radiofónicas, tanto durante la guerra civil como en el exilio, su discurso inicial ante la Asamblea de Delegados del PSOE reunida en 1947, constituyen las principales excepciones dentro de una serie mucho más larga de excesos verbales.

Sin embargo, sería pueril fundamentar el fracaso de Prieto únicamente en factores personales. La amplitud de miras que caracterizó su trayectoria política, el tono de sus intervenciones tras el comienzo de la guerra civil, el giro copernicano que supusieron las negociaciones entabladas con los monárquicos durante la segunda mitad de los años cuarenta, su permanente voluntad de establecer un marco de concordia, pesan mucho más en el balance final que los inevitables errores que, como todo político, cometió. Sin embargo, paradójicamente, quien tantos esfuerzos realizó para establecer canales de colaboración con otras fuerzas políticas, cosechó una larga serie de fracasos en el seno de su propio partido a la hora de sumar esfuerzos.

Su fuerte personalidad, que no favorecía la colaboración en pie de igualdad con otras personas, dio paso, poco a poco, a un fuerte personalismo que, si bien encajaba con la tradición del socialismo español, impedía contrastar adecuadamente las opiniones e iniciativas de Prieto. Salvo en dos momentos concretos, los primeros meses de 1936 y el periodo comprendido entre 1947 y 1948, Prieto no pudo disponer de un grupo de colaboradores con apariencia de equipo. En esta situación, una hipotética desaparición de Prieto, ¿qué posible recambio dejaba tras de sí?

Lo dicho anteriormente y su delicada salud, muy resentida desde comienzos de los años cuarenta, no ayudó a suscitar la necesaria confianza entre los líderes políticos occidentales. Al fin y al cabo, ¿qué imagen ofrecía Prieto por entonces? Era el quebrantado líder en el exilio de un partido político perseguido en el interior de España y reducido a unos pocos miles de militantes en el exilio que, a menudo, no lograban ponerse fácilmente de acuerdo acerca de cuestiones políticas esenciales. Frente a esta imagen, el general Franco se mostraba firme en el control de la situación interna y parecía contar con el apoyo de los sectores más influyentes en el ámbito económico, religioso y militar del país.

El segundo tipo de factores examinados, los relativos a la situación interna del socialismo español durante aquellas décadas, tuvieron también un considerable peso sobre la trayectoria del prietismo. La estrategia política de Prieto, basada en el entendimiento con otras fuerzas políticas, —inicialmente los republicanos de izquierda; los monárquicos tras la guerra— necesitaba, para poder tener éxito, la existencia de un clima de concordia en el seno de su propio partido. Sin embargo, a la desaparición de Pablo Iglesias, que puso fin a varias décadas de liderazgo carismático, y la polémica interna en torno a la actitud que debía adoptarse en relación con la Dictadura de Primo de Rivera, le sucedió la proclamación de la II República y, con ella la primera oportunidad que se les presentaba a los socialistas de tomar parte activa en el Gobierno. Ambas cuestiones, la relacionada con el liderazgo interno y la que tenía que ver con la posición política

a adoptar, provocaron la aparición de tendencias que dieron origen a fuertes discrepancias y enfrentamientos internos. Estas circunstancias no contribuían, obviamente, al éxito del programa político propuesto por Prieto.

Como es sabido, fue la negativa caballerista la que segó en flor la posibilidad de que Prieto formara Gobierno en mayo de 1936. Las diferencias internas avivaron también la crisis del Gobierno Largo Caballero un año más tarde, y estas mismas diferencias contribuyeron a provocar el cisma en el socialismo español al finalizar la guerra civil.

Además de esa división interna, otras características del socialismo español comunes al resto de los socialismos europeos acabaron lastrando las posibilidades de éxito del proyecto político de Prieto. Hay que citar, en primer lugar, la tradición burocrática y reglamentista que impregnaba la historia del socialismo español desde sus orígenes. En un partido como el PSOE, estancado en su crecimiento durante décadas, la práctica política ligada a la vida de las agrupaciones locales se había convertido casi en una liturgia. Las reuniones semanales, las cotizaciones de los afiliados, el libro de actas, las lecturas comunitarias de *El Socialista*, la asistencia a los actos de propaganda, se convirtieron en los principales elementos de la misma. Este respeto a los estatutos y reglamentos retrasaba, inevitablemente, la toma de decisiones importantes.

Sin embargo, este respeto por las reglas del juego era, al mismo tiempo, la manifestación de una característica más importante: la existencia de una fuerte democracia interna. Este rasgo se manifestaba principalmente en la existencia de distintas posiciones en el seno de las agrupaciones socialistas, así como en el recurso constante a las votaciones para decidir en cada caso. Esta tradición permitía disponer de un amplio margen de maniobra a la hora de opinar y discrepar pero, por el contrario, ralentizaba el proceso de toma de decisiones si lo comparamos con el de otras organizaciones más centralizadas. La democracia interna se convertía, por lo tanto, en fuente simultánea de fortaleza y debilidad. Así, a la hora del balance es preciso recordar la polémica que tuvo lugar en 1936 en torno al Congreso que nunca se celebró o el tiempo precioso que se perdió entre la celebración del II Congreso del PSOE en el exilio en mayo de 1946, y la Asamblea de Delegados Departamentales en julio de 1947. En este último caso, y para tratar de compensar el tiempo perdido, Prieto llegó a presentar una proposición que vulneraba claramente los estatutos del Partido (5).

(5) Como es sabido, y a pesar del inevitable precio político pagado por Prieto, esta transgresión de los reglamentos se mostró finalmente ineficaz, dado el fracaso del Pacto de San Juan de Luz con los monárquicos.

Desde esta perspectiva, no deben extrañarnos las consecuencias derivadas de discusiones aparentemente intrascendentes, sobre problemas estatutarios. Así, la polémica en torno al control de la Minoría Socialista por la Comisión Ejecutiva provocó la salida de los caballeristas de esta última en diciembre de 1935 y reapareció dos veces: durante la primavera de 1939 y tras la creación del Gobierno republicano en el exilio.

Otra característica interna del PSOE durante aquellos años es la existencia de una fuerte tendencia hacia el personalismo. Presente desde la fundación del partido, la II República aporta a este problema como novedad la aparición de varias tendencias, besteiristas, caballeristas y centristas, constituidas alrededor de un líder carismático, que sustituyen al «pablismo» tradicional. Este rasgo, agravado desde 1934, deja entrever la pobreza del debate ideológico y la debilidad del segundo escalón de líderes. Esto explica que, tras la desaparición de Besteiro o Largo Caballero, reformistas y caballeristas sufrieran un forzoso declive. Ni Trifón Gómez ni Rodolfo Llopis, teóricos herederos de la tradición reformista y caballerista, alcanzaron el mismo grado de adhesión que sus predecesores a pesar de haber dirigido el PSOE y la UGT durante años. Tan sólo Negrín, surgido precisamente a la sombra de Prieto, presenta un perfil comparable al de los otros líderes socialistas.

De hecho, cuando Prieto consigue que la mayoría del Partido asuma su propuesta para intentar resolver el problema político español, lo que no ocurrió hasta 1947, se ve obligado a recoger sobre sus hombros la práctica totalidad de la responsabilidad negociadora. La creación de la Comisión Especial encargada de negociar con los monárquicos fue el necesario escaparate con el que amparar un esfuerzo esencialmente personal.

No obstante, este escenario interno no permaneció inmóvil. Así, el PSOE reorganizado en el exilio presenta rasgos diferenciales con respecto a su trayectoria anterior. Sustituyó en buena medida la tradicional división en varias tendencias, característica de la década anterior, por una organización más centralizada que se vertebró, precisamente, en torno a la fusión de los restos de dichas tendencias. Tan sólo los negrinistas fueron apartados del nuevo modelo de partido. Ello favoreció su cohesión pero, lógicamente, dificultó la existencia de un debate interno.

Todo ello se vió agravado por otra circunstancia: la pérdida de una generación completa de militantes, integrados al comienzo de la guerra civil en las Juventudes Socialistas Unificadas e influidos, en su mayor parte, por el Partido Comunista. Esto explica, al menos en parte, la debilidad del proceso de renovación de los cuadros socialistas durante los años cuarenta y la progresiva esclerotización de los órga-

nos de decisión a partir de entonces. Este hecho, coincidente con la continua desarticulación de los socialistas del interior, hizo, a mediados de los años cincuenta, que la dirección de los socialistas españoles recayese en un reducido grupo de veteranos militantes exiliados cuya pérdida de referencias con respecto a la realidad española era evidente. Esta circunstancia estaría en el origen del proceso de renovación que, iniciado durante los años cincuenta, acabaría concretándose dos décadas después.

Finalmente, y por lo que se refiere a los problemas y dificultades ocasionados por la situación española e internacional durante la época, hemos de centrarnos en dos aspectos clave: la coyuntura de entreguerras y el comienzo de la «guerra fría».

Como es sabido, el periodo de entreguerras se caracterizó, tras el espejismo de prosperidad representado por los años veinte, por una creciente inestabilidad basada en dos pilares básicos: el desquiciamiento del sistema económico internacional —cuyo paradigma sería la crisis iniciada en 1929— y la radicalización política, a la que no fueron ajenos los factores económicos, representada por el auge de los fascismos y de los partidos comunistas. Todo ello daría como resultado una profunda crisis en los sistemas democráticos de Europa occidental.

No debe extrañar, por tanto, el clima de inestabilidad que caracterizó la trayectoria de la II República. Este clima no favorecía la consolidación de un sistema político asentado sobre unas clases medias numéricamente escasas y políticamente desunidas. El apoyo natural de estos sectores, un partido socialdemócrata como el PSOE se vio imposibilitado para cumplir satisfactoriamente esta función ante las querellas internas que le desgarraban. En este escenario, no debe sorprender el fracaso de Prieto en 1936 ni su desánimo ante el comienzo de la guerra civil.

Este proceso no fue exclusivo de los socialistas españoles. Aunque los casos de Alemania, Italia o Austria son los ejemplos más conocidos, la mayor parte de los socialismos europeos se vieron afectados por una profunda crisis que acabaría por destruir la II Internacional. Tan sólo los partidos socialistas escandinavos consiguieron mantener su pujanza y consolidar un proceso de modernización cuyos rasgos son bien conocidos.

Por lo que al escenario español se refiere, finalizado el conflicto civil, los republicanos se vieron condenados a la cárcel o al exilio. El comienzo de la Segunda Guerra Mundial y las victorias iniciales del Eje supusieron una dura prueba para las esperanzas de quienes pretendían la sustitución del franquismo. El final de la guerra, con la victoria aliada, permitió que renacieran los proyectos, tanto en el interior como

en el exilio, para intentar poner fin a la Dictadura. Sin embargo, el mundo surgido de la posguerra dificultó hasta imposibilitar el éxito de estos proyectos. La división del mundo en dos bloques antagónicos, con zonas geográficas en disputa, hizo desaconsejable, para los países occidentales destapar la caja de los truenos que podía suponer iniciar en España un proceso de cambio político. Desde esta perspectiva, parecía preferible mantener una dictadura, por impopular que fuese, a iniciar un proceso de cambio que pudiera dar lugar a un incremento de la influencia comunista en un área estratégica tan sensible como la península Ibérica.

Así pues, debido a esta desfavorable combinación de factores, personales, nacionales e internacionales, el proyecto político defendido por Prieto acabó naufragando. El reconocimiento de su propio fracaso llevó a Prieto a reformular su postura política. La política de aislamiento que Prieto defiende para el PSOE durante los años cincuenta supone una excepción en su continua búsqueda de alianzas con otras fuerzas sociales y políticas. Sin embargo, ello parecía casi inevitable a la vista de la inviabilidad de la alternativa republicana y del fracaso de la política de acercamiento a los monárquicos.

En otro orden de cosas, Prieto apenas aportó algo novedoso al conjunto del pensamiento socialista. Esto parece lógico en un autodidacta como él, más preocupado por los problemas tácticos que por el debate ideológico, y en un partido político como el PSOE, aún marcado por el predominio de la tradición obrerista. Tampoco destacó Prieto por el carácter revolucionario de las medidas que proponía para la modernización del país, muchas de las cuales recogían la herencia del regeneracionismo, o hundían sus raíces en el arbitrista de los siglos XVII y XVIII. En este sentido, era claramente perceptible una dura crítica hacia el capitalismo pero, salvo en contadas ocasiones, —trienio bolchevique, 1934— esta tendencia no adoptó formas revolucionarias. Ni siquiera fue pionero Prieto, entre los socialistas, en el intento de aproximación a otras fuerzas políticas. Sin embargo, al analizar el talento y la figura de Prieto, éste aparece rodeado por claros tintes de modernidad que le diferencian de la mayor parte de los políticos de su época. Parece como si la enorme curiosidad de Prieto por todo lo que le rodeaba le obligara a proyectar su actividad hacia el futuro en lugar de hacia el pasado, donde parecían seguir anclados buena parte de sus contemporáneos.

Prieto simboliza en su época, junto con Manuel Azaña, el deseo de aunar los procesos de modernización social y económica del país a través de un marco de convivencia política estable. Para ambos, el régimen republicano surgido el 14 de abril de 1931 ofrecía esta posibilidad. Sin embargo, ambos fracasaron en el intento de integrar en este proyecto a mayorías estables. No hay que olvidar que para Prieto el régimen político era tan sólo un marco, un referente capaz de hacer

posible lo esencial: la transformación efectiva del país. Ello explica como, a pesar de su clara participación en la gestación de la II República y de sus preferencias por el sistema republicano, Prieto no dudó, a mediados de los años cuarenta, en dirigirse a los grupos monárquicos para intentar alcanzar un acuerdo, sobre la base de la estrategia «transición y plebiscito», que permitiera lograr el objetivo esencial: sustituir a la dictadura e instaurar un sistema de gobierno, ampliamente consensuado, que hiciera posible la modernización de las estructuras del país. Ello suponía superar el debate entre Monarquía y República desde una perspectiva esencialmente democrática.

Todo ello nos ha permitido describir el significado del prietismo en la política española de la primera mitad del siglo XX. Prieto constituye uno de los mejores exponentes de un proyecto, inicialmente frustrado, que pretendía la renovación de las estructuras internas del país. Este proyecto se convertiría en la gran asignatura pendiente de la sociedad española durante varias décadas. Una asignatura sólo superada tras el fin de la dictadura.
